

(1753-1768)

CAPÍTULO
I

Asunción, Provincia del Paraguay. Finales de abril de 1753.

Claudio de Ifrán y Bojons se dirigió a su joven asistente:

—Fray Pablo, leed de nuevo el último párrafo.

—Sí, Excelencia. —Depositó la péñola en el tintero y carraspeó antes de comenzar—. Por cuanto lo aquí expuesto, pongo a vuestra consideración la gravedad del asunto, toda vez que los portugueses judaizantes han hecho nido en estas tierras, infestándolas con escritos anatematizados y con sus ritos heréticos, sin menoscabar la importancia que representa haber encontrado en mi última visita de navíos libros listados en el *Index Librorum Prohibitorum* dentro de varias pipas de sal, como también casos de bigamia y no pocos de hechicería, en manos, generalmente, de mujeres esclavas. He tenido escritos en mis manos que revelan la posible presencia de alumbrados entre los asuncenos. En resumidas cuentas, Su Excelencia, tal y como sospechaba el Excelentísimo inquisidor general de la España, el padre Francisco Pérez de Prado y Cuesta, quien me envió a estas tierras tiempo atrás, la Provincia del Paraguay, alejada de toda orbe y civilización, se ha convertido en la guarida de Satanás, y en esta se impone con carácter de apremiante la constitución de un Tribunal del Santo Oficio, ya que es evidente que con el de Lima no se da abasto. Mi parecer es que hace muchos años se debió proceder a la constitución de lo que aquí os solicito. —El muchacho detuvo la lectura y elevó la vista—. Excelencia, ¿no deberíais hacer mención del caso de la milagrera de San Ignacio Miní, la que llaman niña santa, y lo de la curación de la viruela?

—No. Solo tenemos la carta viejísima de ese hacendado, el tal Amaral y Medeiros, que la menciona, y los dichos de la gentuza. No he podido hablar con el provincial de los loyolistas, ni con el superior de las misiones, ni con el capellán de San Ignacio Miní. Todos me rehúyen. No —volvió a decir—, no basaremos el pedido en un hecho

que no conozco cabalmente. Tal vez se trate de una mera invención de las afiebradas mentes del populacho.

—Muy prudente de vuestra parte, Excelencia —manifestó el joven dominico y prosiguió con la lectura de la carta que Ifrán y Bójons enviaba al presidente de la Real Audiencia de Charcas. Al terminar, Pablo Cerdán y Jaume preguntó—: ¿Deseáis añadir algo más, Excelencia?

—No. Haced una copia para nuestro archivo y enviad la misiva al señor presidente cuanto antes.

—Como Su Excelencia ordene.

El joven dominico abandonó la silla y se detuvo cuando su jefe volvió a hablarle.

—Luego iréis a controlar los sambenitos y los carteles de los reconciliados colgados en la puerta de la iglesia catedral. Ayer pasé por allí y los vi muy ajados, algunos nombres borrados. Creo que faltan unos cuantos. Tomad nota y disponed que sean reemplazados.

—Es sabido, Excelencia, que los familiares de los reconciliados los arrancan para no ver sus apellidos expuestos al escarnio público.

—Sí, lo sé —contestó, tajante, al percibir, en la inflexión que adoptó el tono del muchacho, cierta piedad por los parientes de los herejes—. Castigaré duramente a quien encuentre cometiendo ese delito. Ahora id y ocupaos de estos asuntos.

—Como Su Excelencia ordene.

Fray Pablo se retiró para terminar con el encargo en su celda y en el pórtico se cruzó con Cristóbal, el esclavo adquirido pocos días atrás en la almoneda. Le vino a la mente la extraña disputa que fray Claudio había sostenido con un campesino por la mujer negra. ¿Qué le había susurrado el hombre para hacer desistir al inquisidor? Después de todo, ¿de qué le habría servido una negra, si las mujeres tenían prohibido el ingreso en el convento?

Fray Claudio, sin duda, además de excelso inquisidor, además de “maestro” de inquisidores, como lo había calificado el abad, era un señor de fuste y de medios. Le había comentado otro dominico limeño que, entre sus antepasados, contaban gallardos lansquenets, que, en la época de los Austrias, engrosaban los famosos tercios españoles, una facción del ejército admirada por su resistencia en el campo de batalla. Ese denuedo en defender a sus soberanos le había redituado a la familia Ifrán títulos y tierras.

A Pablo lo pasmaba que hubiese aceptado ocuparse de las tareas propias de un comisario en un sitio tan pobre como Asunción, más

allá de que el clérigo había llegado a la ciudad en su carácter de visitador de distrito, investido con la fuerza que le prodigaban sus cargos de inquisidor del Virreinato del Perú e inspector general. Pablo no se habría atrevido a preguntarle si lo fastidiaba el encargo, pues el sacerdote hacía gala de una naturaleza inflexible y jamás hablaba de asuntos personales ni de sus sentimientos. Se limitaba a las cuestiones del Santo Oficio, a las del convento que lo atañían y a nada más; ni siquiera comentaba acerca de los problemas del reino ni de la región, tan convulsionada en esos días a causa del Tratado de Permuta. Lo visitaba a menudo ese hombrecillo llamado Árdenas, el cazador de brujas, a quien Pablo evitaba porque le daba mala espina.

Con las cartas credenciales que ostentaba Ifrán y Bojons, resultaba lógico el pedido a la Real Audiencia de Charcas, el de constituir un tribunal del Santo Oficio en la Provincia del Paraguay, no solo por la comprometida situación en la que se hallaban las almas asuncenas, sino porque el puesto de comisario, en opinión del joven fray, le iba chico a su mentor. No contaba con grandes posibilidades; los antecedentes le jugaban en contra: en el siglo pasado, se había solicitado algo similar para la ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre, y Felipe III había rechazado el pedido. Se esmeraría en escribir la carta para el presidente de la Audiencia con su mejor caligrafía; tal vez terminase en manos del rey.

Tomó asiento a la mesa que le servía para todo, acomodó los elementos del recado de escribir y se dispuso a copiar la misiva. Tomó el papel y lo admiró, pues en ese elemento también residían el poder y la fortuna que manejaba el Santo Oficio. Era grueso, pero sobre todo destacaba por su color blanquecino y su textura suave; nunca había visto uno de calidad tan refinada. Fray Claudio le había explicado que la pureza de su color blanco se obtenía gracias a un proceso especial. Solo lo empleaban los inquisidores de alto rango y en la Secretaría de Estado y del Despacho del Rey. Como fuese, era un placer deslizar la péñola sobre esa superficie.

* * *

Claudio de Ifrán y Bojons lanzó un suspiro cuando su secretario lo dejó solo. Se levantó la manga de la sotana y se rascó el brazo cubierto por un sarpullido que había comenzado tiempo atrás, unas semanas después de su llegada a Asunción el año anterior. El doctor Moral, único físico de la ciudad, que le inspiraba poca confianza, le había

diagnosticado parestesia para luego cambiar el dictamen por absceso. En aquel momento, lo único que había deseado era que Moral descartase la posibilidad de que fuese lepra, lo que el médico había hecho con vehementes aseveraciones. Su miedo no era infundado; en la cárcel secreta del Santo Oficio, llamada simplemente la secreta, uno de los prisioneros, un hombre acusado de judaizante, había contraído la enfermedad, uno al cual él había interrogado. La certeza del físico le provocó tal alivio que ni reparó cuando este le abrió el absceso con un postemero y le aplicó un unguento.

El flemón había sanado para reaparecer al cabo de unas semanas, más extendido y virulento, ensañado sobre todo en los codos y las corvas. Moral, entonces, lo calificó de “enfermedad de la piel”, y le recetó baños de inmersión en agua tibia con unas cucharadas de vinagre medicinal que hedía, lo cual perturbaba a fray Claudio, pues, al contrario de la mayoría de sus pares, se mostraba en extremo celoso de su higiene personal y la de sus estancias.

Abandonó el despacho, cruzó el pórtico al paso acelerado que lo caracterizaba y que el picor acicateaba, e ingresó en el sector de sus aposentos.

—¡Cristóbal!

—¿Excelencia? —contestó el esclavo, con la vista al suelo.

—¿Está listo mi baño?

—Sí, Excelencia.

—¿Echaste las cucharadas de vinagre?

—Sí, Excelencia.

—Ayúdame a desvestirme.

Se dejó la camisa de delgada holanda pues si bien Moral le había sugerido que lo hiciese desnudo, de ninguna manera ofendería al Señor Nuestro Dios enseñándole sus partes vergonzosas. El contacto con el agua lo alivió casi de inmediato. Suspiró y apoyó la cabeza en la pared alicatada de la tina que había mandado construir y que había provocado un ceño al abad; el hombre nada dijo; después de todo, era por cuestiones de salud.

Comenzó a bisbisear el rosario y, como a menudo le sucedía, el rostro y el nombre de ella se inmiscuyeron entre los avemarías y los padrenuestros para robarle la paz. Se preguntó si ella habría conocido la cura para su dolencia. “Sí”, admitió. La había visto operar prodigios con hernias, roturas de huesos, quemaduras y enfermedades con las que los médicos no sabían cómo proceder. Durante semanas, antes de arrestarla, la había vigilado, y en una oportunidad la había vi-

sitado en su humilde casa y consultado por un supuesto malestar estomacal. Se había tratado de la primera vez que la tenía tan cerca, y si bien sus rasgos lo habían impresionado, un aura intangible, más peligrosa que la belleza, lo había succionado hacia ella como el vórtice de un tornado. Lo había mirado en lo profundo de los ojos y lo había hechizado.

—Vuesa merced no padece de nada —había manifestado la descarada—. Está aquí por otras razones.

Pese a todo, el recuerdo lo hizo sonreír. Ella lo había hecho sonreír, acción que él evitaba; la juzgaba contraria a las cualidades de un buen inquisidor, y sin embargo, con ella había surgido espontáneamente, y qué bien lo había hecho sentir.

Apretó el puño en torno a las cuentas del rosario y elevó el tono de voz para ahogar a fuerza de avemarías los recuerdos de esa mujer, que aun muerta, lo atormentaba. Abandonó la tina, la comezón aliviada.

* * *

Octavio de Urizar y Vega, más conocido como padre Ursus dada su imponente contextura, se recogió la sotana y saltó desde la jangada al muelle del puerto de Asunción. Unos payaguás lo rodearon para ofrecerle sus servicios, que el jesuita aceptó antes de alejarse hacia la casa de la Compañía de Jesús. Caminaba, ansioso, en parte porque esperaba encontrar a su gran amigo, el padre Santiago de Hinojosa, y también porque ansiaba echar mano de las cartas que su familia y Manú le habrían enviado desde Buenos Aires.

Le abrió el hermano César, alegre y simpático como de costumbre, que lo acompañó a la cocina, donde le proporcionó una jofaina para que se lavase y le sirvió un refrigerio.

—Iré por el padre Santiago —se excusó el hermano lego—. Me pidió que le avisase apenas arribarais.

Ursus abandonó la mesa al ver entrar a su querido amigo, Santiago de Hinojosa. Se saludaron con un abrazo y se sentaron a compartir mates mientras intercambiaban novedades.

—¿Cómo ha ido tu viaje a Córdoba? —se interesó Santiago—. ¿Cómo has encontrado la ciudad? ¿Muy cambiada desde nuestros años en el seminario?

—No, cambiada no. Igual, diría.

—¿Cómo están las cosas por allá?

Ursus agitó los hombros en tanto succionaba la bombilla.

—Noté abrumado de preocupaciones al padre José —se refería a José Barreda, el provincial de los jesuitas—, resignado, diría.

—La situación se complica.

—¿Qué ha sido del padre Altamirano? —Ursus preguntaba por el jesuita al que todos llamaban “comisario” Altamirano, enviado por el general de la orden para ocuparse de la migración de los guaraníes que, después del Tratado de Permuta, habían quedado del lado portugués.

—Ha debido huir a Buenos Aires. —Eché un vistazo en torno para asegurarse de que estuviesen solos—. Es un hombre soberbio y en absoluto conocedor de la idiosincrasia de nuestros indios. Durante los meses que lo asistí como secretario, nunca prestó atención a mis advertencias. La última decisión, la de exigir a los capellanes de los pueblos en conflicto que abandonasen a los indios a su suerte si estos no se avenían a mudarse, fue la gota que colmó el vaso. Amenazó con excomulgar a los padres capellanes si no salían de los pueblos rebeldes. Los indios fueron a buscarlo a Santo Tomé para matarlo. Por fortuna, se lo advirtió a tiempo. Yo, por orden del padre Strobel —hablaba del superior de las misiones, que residía en el pueblo de la Candelaria—, me quedé en estas tierras y no viajé a Buenos Aires con Altamirano. Ahora tengo una cátedra en el colegio.

—¿Volverá? Me refiero a Altamirano —aclaró Ursus.

—Espero que Nuestro Señor no lo permita. Lo cierto es que ahora, con la guerra en puerta y sin los indios mudados a otras tierras, no le queda mucho por hacer. Hizo el paripé de que lidiar con esos indios sería pan comido y fracasó rotundamente.

—¿Estamos a las puertas de la guerra?

—Me temo que sí, amigo mío. Si bien el gobernador Andonae-gui ha enviado comitivas militares en son de paz para tratar de convencer a los indios de que se muden a otras tierras, dudo de que logren su cometido. Por fin los peninsulares se darán cuenta de que si los indios nos hacen caso es porque saben que es para su provecho. En esta oportunidad juzgan lo contrario y nos dan la espalda. No son niños que se dejan arrear como ganado, como tantas veces han declarado nuestros enemigos en la corte de Madrid.

—¡Qué mal terminará todo esto, Santiago! Para nuestros indios y para nuestra orden.

—Sí, me temo que sí. Pero háblame de cosas menos aciagas. Cuéntame, ¿has sabido de mi Manú?

Ursus se palmeó el costado de la sotana y sonrió.

—El hermano César acaba de darme la correspondencia que llegó de Buenos Aires. La leeré, tranquilo, esta noche.

—Y de Aitor, ¿qué has sabido? ¿Regresó a San Ignacio?

Una sombra se posó sobre el gesto del jesuita y le borró la sonrisa.

—Como sabes, acabo de regresar después de un largo tiempo lejos de la misión, pero hasta que me fui, no se sabía nada de él. Desapareció a mediados de diciembre. Estamos a finales de junio. Aunque espero que haya vuelto, mi instinto me dicta que no.

—Se habrá unido a los ejércitos de algún pueblo rebelde.

Ursus agitó la cabeza para negar.

—He enviado misivas a los capellanes de los siete pueblos, aun al de Yapeyú y al de La Cruz, y ninguno ha visto u oído hablar de Aitor Ñeenguirú.

—¿Qué habrá sido de él?

Ursus no tuvo tiempo de manifestar sus teorías. El hermano César entró en la cocina y le anunció que un visitante, al enterarse de su presencia, había solicitado verlo. Lo aguardaba en el locutorio.

—Se trata de don Hernando de Calatrava —añadió el coadjutor.

—Ven, Santiago. Acompáñame. Me gustaría presentártelo.

—Lo conozco de vista. Viene a menudo a buscar el tónico que le mandas.

—Lo prepara Ñezú con astillas de *yvyra vera*. De guayacán —tradujo—. Para sus pulmones, muy dañados durante sus años de prisión en Lima. Calatrava asegura que la mejoría es notable. Espero que durante mi ausencia se lo hayan hecho llegar.

—Lo ha recibido, sí —intervino el coadjutor.

—Pensar que era nuestro enemigo durante la revuelta de los comuneros —comentó Hinojosa.

—Ya ves cómo es la vida, amigo mío. A veces las tornas se vuelven.

Santiago de Hinojosa juzgó sincera la alegría que mostraba el alguna vez soberbio coronel de Calatrava al encontrarse con Ursus. Se quitó el ajado tricornio y se inclinó para besarle la mano, que el sacerdote retiró para palmearlo en el hombro. Decidieron caminar los tres juntos hasta el mercado, donde Ursus compraría sal y pocos elementos más que no se fabricaban en las doctrinas. A cierto punto, Hinojosa los abandonaría para continuar hacia la casa de una feligresa enferma a quien visitaba semanalmente para llevarle la comunión.

—¿De quién se trata? —se interesó Ursus, mientras sorteaba un bache.

—Mencía Cerdán y Jaume, una santa mujer, muy piadosa, devota de nuestra orden. Es joven aún, pero sufre de una dolencia que el doctor Moral no ha sido capaz de curar ni de identificar, me atrevo a decir. Está muy sola. Es viuda y su único hijo ha profesado como dominico.

Un hombre saltó de una carreta y atrajo la atención de Ursus. Vestía un saco bendito, o sambenito, como se conocía a la esclavina amarilla que los reconciliados con el Santo Oficio eran obligados a llevar como recordatorio de su falta o de su herejía. En el centro de la prenda había una media aspa negra, símbolo que indicaba que se trataba de un abjurado *de levi*, o tal vez *de vehementi*.

—Es la primera vez —comentó Ursus— que veo un ensambenitado en Asunción. He visto los sambenitos colgados en la puerta de la catedral, pero corresponden a casos tan antiguos que nunca los vi puestos en sus dueños.

—El año pasado —explicó Santiago de Hinojosa— llegó a la ciudad un alto funcionario del Santo Oficio de Lima. El inquisidor Claudio de Ifrán y Bojons.

—¡Ey, don Hernando! —exclamó Ursus, y con una de sus manos lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—Me resbalé —se disculpó Calatrava—. Es difícil no perder el paso con este fango.

Ursus lo contempló de reojo y asintió.

—Llegó como jefe de una visita de distrito —prosiguió Hinojosa— y aseguran que, como se encontró con tanta herejía y maledicencia, ocupó el cargo de comisario y se quedó entre nosotros. Sabemos que ha pedido a la Audiencia de Charcas fijar un tribunal aquí, en Asunción.

—¿Un tribunal aquí, en Asunción? —se extrañó Ursus.

—Así es.

—¿Sabes por qué ese hombre carga con el sambenito? ¿Judai-zante, tal vez?

—No —contestó Hinojosa—. Bígamo. Os despido aquí. Esta es la casa de doña Mencía.

—Nos vemos más tarde —saludó Ursus.

—Que Dios os acompañe.

Avanzaron en silencio hacia el corazón del mercado, donde los comerciantes, sin mostradores ni sillas, exponían los artículos sobre

esteras. Había gran cantidad de mujeres ofreciendo jarrones de miel, atados de mandioca, algodón en flor, cañas de azúcar, velas, pasteles, fruta, botes de sal, huevos y atados de tabaco. Los hombres mercadeaban la carne, el vidrio y gran variedad de herramientas, en tanto los payaguás ofrecían pescado, que colgaban en los remos de sus embarcaciones y que acarreaban cruzados sobre los hombros.

—¿Cómo se encuentra doña Nicolasa? —se interesó Ursus, mientras estudiaba la calidad de un pedazo de vidrio.

—Mejor desde que le compré una esclava.

—Me alegro por la compra de la esclava. Eso quiere decir que las cosas van bien.

—No diría bien, pero sí mejorando.

—¿Es trabajadora?

—La compré hace un par de meses, hacia finales de abril, y hasta el momento ha demostrado ser muy útil. Es callada y taciturna, pero industriosa. Nicolasa luce más... aliviada.

—Debió de ser duro para ella cambiar una vida de postín en lo de Amaral y Medeiros por una de trabajo riguroso.

—Sí, lo ha sido. Lo es. —Calatrava bajó la vista e hizo dar vueltas el tricornio—. Padre Ursus, no he sido el esposo que ella esperaba. No he sido un buen esposo —remató.

—¿Os gustaría hacer confesión?

—Otro día, padre. Necesitaría tiempo para contaros mis pecados y ahora llevo prisa.

Se despidieron, y Calatrava envió saludos y agradecimientos al *paje* que le proporcionaba el tónico que estaba sanándole los pulmones. Ursus lo acompañó con la mirada hasta que el hombre trepó en la carreta y se alejó por el camino real.

* * *

Le abrió Tomasa, la india que vivía con doña Mencía.

—¿Cómo ha estado la señora?

—Ahí, padre. El doctor Moral le cambió el cordial. Veremos si eso la pone buena. Vuesa merced conoce el camino. Yo iré por el mate.

La dueña de casa, que en su primera juventud sin duda había sido una beldad, cosía en el estrado, hundida en almohadones, el rostro pálido, los labios azulados, las ojeras marcadas, las puntadas lentas. Aseguraba que le faltaba el aire, que si se movía deprisa, se mareaba, que la sorprendían espasmos en el pecho, que la ahogaban y le com-

primían la garganta. El físico había intentado varios tratamientos, sin resultados.

“Si estuviese Manú”, caviló Hinojosa, y enseguida se reprochó la idea. Aunque Manú viviese en San Ignacio Miní, no la habría llevado a casa de doña Mencía, por mucho que lo angustiase el sufrimiento de la feligresa. Habría sido como empujarla en la guarida del león. Pablo, el hijo de la dueña de casa, joven dominico, era el secretario del inquisidor que sumía en el pánico a los asuncenos, el tal Ifrán y Bojons, el cual, desde su llegada el año anterior, insistía en que se le revelasen los detalles del caso de la niña santa y del papel que había desempeñado durante la peste de viruela. Por fortuna, tanto el padre provincial José Barreda, como el superior de las misiones, el padre Strobel, soslayaban el tema y le restaban importancia, atribuyendo la fama de la niña a las mentes supersticiosas e influenciables de los indios.

Contempló a doña Mencía, que no se había percatado de su presencia. La serenidad de la mujer aquietaba el tumulto que en general azotaba su cabeza. Se preguntaba por qué ansiaba ayudarla, calmar su malestar, sanar su cuerpo. No negaría que, de las feligresas a las que confesaba y asistía con ayuda espiritual, Mencía Cerdán y Jaume era especial; su favorita. Se convenció de que lo atraía la sabiduría innata de la mujer, la bondad sincera, esa que él asociaba a un alma caritativa y no a una agobiada de preceptos y de mandatos. En resumidas cuentas, Mencía era bondadosa simplemente porque lo era, no porque la religión se lo ordenase.

Admiraba la dulzura con que trataba a Tomasa, pese a que la india era una cascaciruelas que ni siquiera cebaba bien, y era condescendiente con los dos esclavos de su propiedad, a los que les permitía comer lo mismo que se servía en su mesa y a quienes tenía bien vestidos, aun calzados, una rareza entre los de su casta.

—¡Padre Santiago! —La mujer lo descubrió observándola y le sonrió—. Pasad, por favor, pasad.

—Lucíais tan serena que no quería sobresaltaros. No abandonéis el estrado, señora. Os veo muy cómoda allí.

—Iré a sentarme con su reverencia en la sala.

Había un aura de belleza inmarcesible en torno a ese rostro que se había ajado a causa de la mala salud, una luz que aún brillaba en sus ojos grisáceos y que, Santiago estaba seguro, provenía de su espíritu elevado.

—Bendígame, padre.

El jesuita apoyó la mano sobre la cabeza inclinada de la mujer y,

al rozar la suavidad del cabello, sufrió un estremecimiento que le erizó la piel del antebrazo.

—Dios os bendiga, doña Mencía, y os proteja de todo mal.

—Amén. Gracias, padre.

Tomasa llegó con el servicio del mate. El jesuita y la dueña de casa conversaban de nimiedades en tanto sorbían la infusión de yerba. Santiago estudiaba los movimientos lentos de la feligresa y fijaba la vista en los labios que se asían a la bombilla de plata; aun la simple acción de succionar la cansaba.

—¿Cómo os habéis sentido, señora?

—Mejor, padre, gracias al nuevo cordial que me recetó el doctor Moral.

—Doña Mencía...

—¿Qué, padre? ¿Qué deseáis decirme?

—Si vuesa merced me lo permitiese, yo consultaría a un *paje*, un curandero —tradujo—, del pueblo de San Ignacio Miní; le preguntaría acerca de vuestro estado de salud. Es un gran conocedor de la flora de estos parajes y de sus propiedades curativas. Mis hermanos jesuitas y yo hemos visto operar prodigios con sus bebedizos y electuarios. El padre van Suerk, el sotocura de San Ignacio, que es un médico de gran reputación, lo respeta como si se tratase de un colega de Montpellier.

—No he podido menos que notar que habéis dudado en ofrecerme la sabiduría de este *paje*. ¿Por qué?

—Pues... Porque vuestro hijo, que ahora asiste al inquisidor Ifrán y Bojons, podría oponerse. Después de todo, se trata de un curandero.

Mencía bajó la vista y suspiró.

—Mi hijo. Mi dulce Pablo.

—Se encuentra bien, espero.

—De salud, sí, a Dios gracias. Pero...

—Hablad, señora. ¿Qué os angustia? Sabéis que podéis confiar en mí.

—Sí, sí, lo sé. Es que... Me temo que su alma se haya endurecido desde que... Era un muchacho tierno y amable. Ahora se expresa con severidad. Se ha vuelto crítico y moralizante.

Santiago extendió la mano y apretó la de doña Mencía, que alzó el rostro y lo contempló, sorprendida.

—No mencionéis esto con nadie, señora mía —susurró, de modo que Tomasa no lo escuchase.

Resultaba palmario que la mujer culpaba a la influencia del inquisidor Ifrán y Bojons por el cambio en la disposición de su hijo, y ese conocimiento en las manos equivocadas podía costarle caro a la viuda.

—Padre, sé que no debo hacerlo.

Un carraspeo los sobresaltó. Santiago de Hinojosa apartó la mano y se puso de pie.

—¡Niño Pablo! —se alegró la india.

—Tomasa, te he dicho que me llames *fray* Pablo.

—Disculpas, fray Pablo, es que lo he llamado niño toda la vida. Y no me acostumbro.

Mencía y Santiago intercambiaron una mirada.

—Buenas tardes, fray Pablo —saludó Hinojosa. Pese a lo seguido que visitaba la casa de los Cerdán y Jaume, era la primera vez que se cruzaba con el único hijo—. Soy el padre Santiago de Hinojosa.

—Buenas tardes, padre. Mi madre me ha hablado de vos.

—¡Hijo, qué alegría verte! —La mujer extendió las manos, que el joven tomó antes de inclinarse y besarla en la frente.

Santiago notó que el rostro pálido de Mencía adquiría colores, que se le iluminaba ante la presencia del hijo, y se vio asaltado por un sentimiento que no supo definir hasta un rato después: celos.

Transcurrieron los primeros minutos entre silencios incómodos y frases de protocolo. Pablo tomó la iniciativa y comentó:

—Me ha dicho mi madre, padre Santiago, que vuesa merced vivió durante casi quince años en la doctrina de San Ignacio Miní.

—Así es.

—¿No es allí donde la última peste de viruela, la del 50, no mató a uno de vuestros indios?

—Así es.

—Dicen que fue obra de una niña santa que allí vive. Una niña blanca —añadió.

Hinojosa sonrió y sacudió la cabeza con gesto relajado, más allá de que en el pecho se le hubiese formado un nudo.

—¿Por qué sonreís, vuesa merced? No creo que el tema se deba tomar a chirigota.

—¡Hijo! —se agitó doña Mencía.

—Señora, calmaos —terció Santiago—. Disculpado, fray Pablo. Mi sonrisa no se debe a que tome el tema a chirigota, sino a que me asombra cómo las cosas se salen de madre, y cómo todo se exagera y pierde dimensión.

—¿A qué os referís?

—A que la niña santa no existe y que lo de la viruela se debió a un procedimiento que practicó el doctor van Suerk, el sotocura de San Ignacio Miní, que evitó que nos contagiásemos de tan cruel enfermedad.

—¿Qué procedimiento?

—No conozco los detalles. Sé que se trató de una práctica que un facultativo inglés, compañero de van Suerk en la Universidad de Montpellier, le comentó por carta.

—¿Inglés, habéis dicho? —Hinojosa asintió con seriedad—. ¡Un hereje, seguro!

—¡Pablo, hijo! Si ese hereje, como tú lo llamas, ayudó a salvar las vidas de esas gentes, ¿qué más da que no practique nuestra religión?

—¡Madre! ¿Qué estáis diciendo? Nada bueno puede venir de un hereje.

—Tal vez sea católico —terció Hinojosa.

—Lo dudo —aseveró el joven dominico, envarado—. Volviendo al tema de la niña santa, vuesa merced dice que tal cosa no existe. ¿No es cierto, entonces, que una niña blanca vive desde hace años en San Ignacio Miní?

—Vivía —lo corrigió Hinojosa, en tono cauto—, y no era una niña *santa*. Simplemente era una niña blanca. Los indios, que son muy impresionables, la ensalzaron debido a las circunstancias de su nacimiento.

—¿Cuáles fueron esas? —inquirió el dominico.

—El capellán de San Ignacio la halló, recién nacida, una noche, a orillas del río Paraná.

—¡Oh! —se impresionó doña Mencía.

—Yo estaba con él. Su madre, una joven de buena casta (eso era evidente por las ropas que llevaba encima), acababa de parirla, allí, a varas del río.

—¡Pobre criatura! —intervino otra vez la dueña de casa.

—Murió pocos minutos después de que las encontrásemos. Pensamos que Manú...

—¿Manú?

—Manú, la niña. Pensamos que ella también moriría, pero, contra todo pronóstico, sobrevivió. Eso bastó para que se la adornase con la fama de niña santa —mintió Hinojosa, y se dijo que pecaba para salvar a Manú, pues prefería el Purgatorio a causa de esas mentiras piosas que saber a su dulce niña en manos del Santo Oficio.

—¡Qué historia tan triste y asombrosa al mismo tiempo!

—Así es, doña Mencía, triste y asombrosa.

—Decís que la niña ya no vive en la doctrina —persistió fray Pablo.

—Ya no es una niña, sino una joven de diecisiete años, en extremo piadosa y de alma pura. Y no, ya no vive en San Ignacio Miní. Abandonó el pueblo en mayo del 50.

—¿Por qué?

—Así lo dispuso el padre Manuel Querini, el provincial de aquel momento.

—¿Adónde se encuentra ahora?

—Esa información deberéis solicitarla a mi superior, el provincial Barreda.

—¿Es que vos no sabéis dónde se encuentra?

—No —siguió mintiendo.

* * *